

La invención del Tercer Mundo

ARTURO ESCOBAR

NORMA: BOGOTÁ, 1998

“Confrontar el desarrollo” –no aceptarlo de rutina como la panacea del Punto IV propuesto por el presidente Harry Truman en 1949– es una necesidad vital para nosotros los del mundo dependiente. Vital, porque en ello se juegan la autonomía, la personalidad y la cultura, las bases productivas y la visión del mundo que nos han dado el hábito de vida como seres humanos y pueblos dignos de respeto y de un mejor futuro. Por ello, porque el nuevo libro de Arturo Escobar avanza sobre tan estratégico frente sociopolítico, debe convertirse en lectura obligada de gobernantes y gobernados.

No se trata de cualquier autor. Escobar, compatriota colombiano, es uno de los primeros estudiosos del mundo que hace años tuvieron la curiosidad de preguntarse sobre el sentido real del concepto de “desarrollo”. Junto a Sachs e Illich aprovecharon los marcos filosóficos de Foucault y Habermas para desmenuzar el mito y revelar los prejuicios que permitieron el nacimiento y auge del discurso desarrollista en Estados Unidos y Europa, luego transmitido sin más al resto del mundo por las Naciones Unidas durante cuatro “décadas” de fracasos.

Queda el lector de este libro impresionado por la persistencia del discurso e ideología del desarrollismo, así se demuestran a diario las nefastas consecuencias de su aplicación en el Tercer Mundo. Quizás tenga los días contados.

Porque es evidente, para tirios y troyanos, que los que en verdad se han venido desarrollando, enriqueciendo y acumulando poder, han sido los que en este desigual juego se habían posicionado desde antes como los más privilegiados en la estructura económica, social y política existente; ni los pobres ni los desposeídos por las injusticias del sistema capitalista se han desarrollado de la misma manera o con igual intensidad como se había postulado. Y ello es ya muy peligroso, hasta para las clases dominantes. Porque de la mano del capitalismo desorbitado que importamos al “desarrollarnos”, hoy nuestros países se encuentran al borde del desierto ecológico y del infierno explosivo de la miseria de las mayorías. Además, el servilismo mimético resultante amenaza nuestras raíces históricas y culturales.

El libro de Escobar, por fortuna, no se detiene sólo en rasgar los velos de la ideología desarrollista. Ofrece destellos de posibilidades alternativas, lo que el lector debe agradecer de manera especial. Lástima que el autor no le encuentre sinónimos adecuados al término, como aquellas interpretaciones de “desarrollo” que provienen de idiomas no muy contaminados, como el swahili africano o el maya guatemalteco, que lo equiparan a la interesante idea de “despertar con acción”. No obstante, Escobar ofrece dos elementos nuevos de los que podrían derivarse las alternativas

adecuadas que le preocupan. Son los siguientes:

1. La acción colectiva de los movimientos sociales. He aquí lo que pudiera convertirse en el actor de un gran despertar con lucha popular. Para ello contamos en el Tercer Mundo con la inagotable veta de la diversidad de culturas y pueblos, hasta con la exuberante biodiversidad tropical, que son hechos políticos, sociales y naturales claves para nuestra defensa ante la violenta, rasante y avara explotación capitalista global.

Escobar y un buen número de sus colegas habían descubierto esta posibilidad cuando decidieron escribir en 1992 el colectivo *The Making of Social Movements in Latin America*, libro que también merece traducirse al español. Indudablemente, una alternativa válida a las políticas usuales de desarrollo debe provenir de aquella dinámica corriente que reta los poderes constituidos.

2. El invento de un lenguaje derivado de culturas híbridas. La acción colectiva de los movimientos sociales debe alimentarse, según Escobar, de la mezcla cultural y étnica que ha hecho de nuestros pueblos una caldera de cambios de infinito potencial, e inventar el lenguaje adecuado a este hibridismo. Transciende por ello a Vasconcelos y se detiene en García Canclini para reinterpretar la modernidad en América Latina y en el Tercer Mundo, como un buen paso para abandonar los esque-

mas mentales del desarrollismo colonial. Porque este hibridismo "determina la especificidad moderna de América Latina".

Se trata, en efecto, de reconocer el vigor de nuestra propia civilización mestiza y mulata que, sin olvidar sus raíces, puede asimilar el progreso porque así le conviene, como lo hicieron los indígenas al adoptar el hierro, la gallina o la oveja de los Conquistadores, y como lo hacen hoy los Kayapos de la selva húmeda brasileña al desplegar sus propias cámaras video. Estos grupos y movimientos pueden manifestar proclividad hacia lo novedoso de manera crítica, transgresiva y a veces con humor.

Como lo señala Escobar, la estrategia de tales agrupaciones se inspira en la defensa de la diferencia cultural, no como una fuerza estática sino transformadora, y en la valoración de necesidades y oportunidades económicas en términos que no son estrictamente los de la ganancia y el mercado. De allí puede surgir un discurso alterno entendible en nuestros propios términos, que son los que deben contar en última instancia.

¿Cómo se relacionan estos dos elementos estratégicos con el

posdesarrollo que viene? El autor recomienda trascender las diferencias con el Primer Mundo a través de la posibilidad de defender nuestro humanismo dentro del horizonte posmoderno. Es un grande ideal para una gran tarea en la que, según me parece, cabe esperar todavía más comprometedoras contribuciones intelectuales y prácticas de los posmodernistas.

Como lo sostuve en Inglaterra durante el último Congreso Mundial de Investigación Acción (1994), no es bueno sobreestimar el poder productivo de textos y discursos y dejarlos sin referentes en la realidad concreta. El posmodernismo es una categoría elusiva para nosotros que no nos hemos modernizado suficientemente, y es discutible que nos "modernicemos" ahora a la europea. Claro que estoy de acuerdo en criticar el legado de la Ilustración representado en la racionalidad instrumental, y en revisar "meta-relatos" como el marxismo, el liberalismo y el desarrollo económico. Así lo acepta Escobar. Sin embargo, todavía podemos dar mayor juego a otro tipo de racionalidad práctica y colectiva basada en una nueva articulación: la utopía asociada de razón y li-

beración, como lo sugiere el colega peruano Aníbal Quijano.

En vista de que no puede haber ningún fin de la historia, ni tampoco por ahora el de la modernidad, cabe esperar que los posmodernistas a quienes admira el autor asuman una mayor responsabilidad social con la gente de carne y hueso. Que las palabras vayan con los hechos; que la teoría se articule a la práctica de manera simultánea y urgente. Tales son condicionantes del cambio que se necesita en la vida contemporánea.

Este libro-confrontación de Arturo Escobar es una inspirada muestra de la búsqueda de alternativas políticas, sociales y económicas para nosotros los del Sur, con evidentes implicaciones para los del Norte. Creo que ha tenido éxito en tan complicada como esencial tarea. Por ello me complace presentar al público hispanoparlante tan útil y oportuno libro.

ORLANDO FALS BORDA. Sociólogo, profesor del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia.